

Del solar castellano.

EL MILAGRO

De tierra de santos, de Avila, la parda, la conventual, nos vienen las nuevas del milagro.

En un convento había una monja parálitica desde hacía dos lustros, declarada incurable por la vanidosa ciencia de los hombres. Días pasados, la Comunidad celebraba el Triduo a la Virgen de la Medalla milagrosa. Antes de finar la ceremonia, la monja parálitica saltó ágilmente de la cama, hablando y dando frenéticos abrazos a sus hermanas de clausura.

Las campanas del convento voltearon alegres y pascuales. Respondieron las campanas lejanas, las solemnes y las ingenuas, las de amplias haldas de bronce, como guardainfantes pomposos, las limpias y argentinas, como sonerías de cristal, de las ermitas y los conventos. El carillón triunfal llenó los aires mientras la nueva del milagro iba de alma a alma, con la gracia de una mística paloma.

¡Milagro! ¡Milagro!

Las mozas castellanas, de cara toscada y ojos negros y visionarios; las viejas, como sarmientos, rezadoras y parloteiras; los clérigos que pasean junto a la efigie de Santa Teresa, la dulce doctora; los graves catedráticos y los curtidos menestrales; toda la vida provinciana aspiró un punto el aroma ingenuo y primitivo del milagro.

—¿Qué dirán ahora los herejes, los librepensadores?—exclamaban los socios del Casino conservador, frotándose alegremente las manos. En todas las provincias hay unos cuantos hombres terribles, que hablan mal de los santos, mientras dan fuertes golpes con las fichas de dominó, y que tienen la coquetería de no creer en la infalibilidad papal. En el Casino republicano se sospechó que el milagro era una añagaza política.

—¿Cómo va a ser eso verdad, si la ciencia dijo que era incurable? Y al decir la «ciencia», se inflaban los carrillos al orador. No hay más que materia, y lo demás es una patraña del oscurantismo. ¡Llevo veinte en bastos! Yo creo que los ciudadanos conscientes debemos hacer un acto de protesta.

Y los inquisidores rojos siguen jugando al tute, mientras los inquisidores negros continúan jugando al tresillo en el Casino de enfrente.

Afortunadamente, ninguno tiene ya poder para encender hogueras.

A pesar de los librepensadores, el hecho maravilloso es cierto. ¿Cómo explicar razonablemente que una parálitica reco-

bre el uso de la palabra y de sus movimientos? Sin duda, se trata de un milagro, de un milagro de la fe, que es fuerza espiritual. No es el primer caso, la Virgen de Lourdes ha sanado muchos enfermos que fueron al santuario con verdadero ardor religioso, con intensa voluntad de curar.

Un médico nos dirá que era una paraplegia por histerismo lo que padecía la monja. La definición está muy bien; pero para curarse ha prescindido de los médicos y ha acudido a los resortes maravillosos de la imaginación y de la fuerza psíquica. Todas las enfermedades que se curan milagrosamente tienen su origen en ese laberinto físico y moral que se llama histeria. Esta enfermedad abstrusa es la antigua diablesa que hablaba por la boca espumosa de los exorcizados, la sibila que predice lo porvenir y la bruja espantable que ajetreaba a los cuadrilleros de la fe.

Y esta diabólica e invisible tirana tiene su nidal en las células más recónditas de nuestro cerebro o va fluyendo en las secreciones internas de algunos órganos. La ciencia se cala sus espejuelos, enarca las cejas... y confiesa que sabe muy poca cosa de este asunto.

El suceso es bonito y emocionante. Acaso estén en lo cierto las almas ardientes que al oír el gozoso clamoreo de campanas se hincan de hinojos, en acción de gracias, por el milagro. La fe, la doncella teologal no es ciega, que es clarividente. Ella ve las cosas en las zonas de luz, donde se tornan ciegos los ojos humanos. Después de diez años de prisión en sí misma, la monja ascendía por la escala de la oración que es fuerza psíquica o magnética—¡con cuánto dolor, con cuánta fe! Y aquel día, ante la Virgen magnificente, entre la liturgia de músicas, de flores y de cirios rizados, el milagro de la fe se hizo en realidad. Y las lenguas de oro de las campanas volaron sobre la ciudad vieja, cantando el milagro.

EMILIO CARRERE

INTERESANTE

Nuestros subdirectores, en todas las capitales de la región, son los encargados generales de esta revista, en las provincias a que correspondan.

A ellos, cuyos nombres damos al final, deberán dirigirse para todos los asuntos relacionados con la misma.